

Caroline von Heydebrand

Los cuatro temperamentos, cómo conocerlos y educarlos

Un estudio de la naturaleza anímica del niño



Caroline von Heydebrand (1886-1938) fue maestra en la primera Escuela Waldorf en Stuttgart. Para la composición de este libro se partió de los apuntes que la autora dejó a su muerte. Fue publicado en alemán con el título "*Das seelenwesen des Kindes*" y en inglés "*Childhood, a study of the growing child*".

Esta obra rescata la versión que don Juan Berlín publicó en 1974 con el título "*La niñez, estudio del alma en ciernes*".

Traducción: Ana María Castro, revisada por Juan Berlín y Miguel López-Manresa.

© diseño de la portada: Miquel Fígols Cuevas.

© de la versión española: Editorial Pau de Damasc.

Reservados todos los derechos para España y los países de habla castellana.

Publicado en la colección *Pedagogía Waldorf-Steiner* por:

Editorial Pau de Damasc

Apartado 95 - CP 08197 Valldoreix, España

E-mail: editorial@pauededamasc.com

www.pauededamasc.com

Índice

La formación corporal del niño	5
Niños con cabeza grande y con cabeza pequeña	9
La naturaleza anímica del niño. Los temperamentos y cómo tratarlos	23
<i>El niño sanguíneo</i>	24
La base corporal del temperamento sanguíneo ...	26
El niño extremadamente sanguíneo	28
Tratamiento del temperamento extremadamente sanguíneo	29
<i>El niño melancólico</i>	31
La base corporal del temperamento melancólico .	35
Tratamiento del niño melancólico	37
<i>El niño colérico</i>	41
Tratamiento del temperamento colérico	46
<i>El niño flemático</i>	51
Los fundamentos del temperamento flemático ...	59
Tratamiento del temperamento flemático	60
El maestro ha de conocer bien los temperamentos	67
Biografía de la autora	75
Bibliografía	79

LA FORMACIÓN CORPORAL DEL NIÑO

Vivimos rodeados de milagros, pero hemos llegado a aceptarlos como cosa natural. De este modo se produce una y otra vez la maravilla del nacimiento y del desarrollo del ser humano y no nos detiene como debiera hacerlo porque estamos acostumbrados a ello. Si no fuese así, ¡cuán familiar nos sería la esencia de las fuerzas formativas! Ellas se apoderan de la sustancia que existe en el organismo de la madre después de la concepción y modelan con ella la forma humana. Modelan la redondez esférica de la cabeza, el tronco cilíndrico, las extremidades como rayos y la forma especial de cada órgano en particular. Obran creadoramente y pueden hacernos comprender el significado de la creación divina. Son testigos vivientes de Dios. Su acción está determinada por una sabiduría que parece escapar a la comprensión humana. Todos nuestros conocimientos no alcanzan a reproducir su actividad, pues es una sabiduría viva, penetrada por la potencia de la voluntad. Seres divinos trabajan en ella. ¿Es posible ser un descreído en presencia de un ser humano en desarrollo?

Quien, sin prejuicios, ahonde en la naturaleza de las fuerzas formativas, no puede dejar de notar que su acción es artística y que lo que modelan es hermoso. Hay belleza en la cúpula del cráneo abovedado del niño muy

pequeño, abierta todavía en su parte superior como un pétalo. Hay belleza en la delicada estructura de las articulaciones de la columna vertebral, que parecen reproducciones de ángeles alados. Son bellos los omóplatos y lo es el fino modelado de los huesos de los miembros. Uno se siente inclinado a tocarlo todo con las yemas de los dedos; y no solo a mirarlo, sino a sentirlo en el cuenco de la mano. Pero lo mejor es coger un poco de cera o arcilla y llegar a la comprensión de las fuerzas formativas mediante el trabajo plástico de nuestros dedos. Una persona que modela, alcanza una comprensión mayor de la forma física de un niño en desarrollo que la que sólo estudia libros de anatomía.

Rudolf Steiner a menudo adelantaba la siguiente reflexión: si la naturaleza es artista y trabaja por impulsos artísticos, la ciencia debe llegar a ser artista también, si desea en realidad conocer la naturaleza. Una visión artística de la naturaleza en realidad penetra más profundamente en su esencia que la que se basa simplemente en la ciencia natural. Es posible aprender mucho de una flor cuando se la estudia desde el punto de vista de la botánica; pero, además de eso, tendríamos que estar capacitados para seguir, con sentimiento artístico, las formas del pedúnculo, de las hojas, los capullos y las flores. Deberíamos observar el ritmo de la contracción y la expansión de las plantas, tal como Goethe lo vio; contracción en el tallo, expansión en la hoja, reclusión en el capullo, eclosión en la flor. Sólo así se puede verdaderamente conocer una planta. Y en esta forma, se

llega a saber de ella más que por medio de una observación científica no apoyada por la visión artística.

Por tanto, tampoco se comprenderá la naturaleza del niño pequeño a menos que contemplemos su formación corporal con visión y con intuición artística, pues un niño, aún después de su nacimiento, sigue enteramente entregado a la modelación de su cuerpo. "Está creciendo". Se encuentra sumergido en los procesos palpitantes, constructores y modeladores de las fuerzas formativas. Hay antiguos grabados que representan el nacimiento del niño Jesús. Rocosas montañas se elevan en torno a la madre y el niño; en el primer plano crecen plantas; bueyes y asnos inclinan su cabeza hacia el pesebre. Por encima de las cavernas, una estrella; a veces, todo un cielo estrellado y hay ángeles o huestes de ángeles que se inclinan hacia la caverna. El Universo entero, con todos sus reinos y sus seres, asiste al nacimiento del niño divino.

Pero ese mismo milagro acontece en el nacimiento de cada niño. Potencias y seres cósmicos trabajan en la formación espiritual de su cuerpo; actúan en las fuerzas formativas que lo penetran. Un ser espiritual se convierte en ser humano terrenal, afín a la piedra, a la planta, al animal, debido a las envolturas con que circunda su individualidad. Todo el Universo colabora en la formación de un cuerpo humano. Ya en la concepción se despiertan fuerzas celestes y terrenas. Y el propio ser esencial del niño, su alma y espíritu, aquello que más adelante surge como su propia y exclusiva facultad, quizá

el genio, trabaja también en la formación del cuerpo. En este momento, el alma y el espíritu se sacrifican para convertirse en cuerpo y moldear lo que serán sus futuras capacidades. Se está formando el cuerpo para que sea el futuro vehículo de un alma consciente individual y de un espíritu despierto. Su formación es resultado de condiciones que el alma ha preparado para sí misma antes de nacer, en virtud de sus vidas anteriores sobre la tierra.

La actividad plástica de las fuerzas formativas está condicionada por potencias del pasado. Son ellas las que forman primero la cabeza y partiendo de ella, el resto del organismo. En el embrión, poco antes del nacimiento, hay un maravilloso contraste entre la cabeza, desproporcionadamente grande, curvada como la bóveda del mismo cielo y el pequeño tronco con miembros diminutos y sin desarrollo; piernas que apenas son algo más que apéndices. Así, la cabeza muestra la mayor perfección en el momento de nacer el niño. Es muy grande, con una frente combada que domina el resto de la cara. Al observar la cabeza, es posible notar cómo los rasgos se van modelando día a día, semana a semana y cómo se perfilan más claros y más individuales. En verdad, una de las experiencias más hermosas es la de contemplar este acontecimiento con estima reverente y aprender de este modo a observar el trabajo del alma individual sobre la formación de su cuerpo.

NIÑOS CON CABEZA GRANDE Y NIÑOS CON CABEZA PEQUEÑA

Contemplemos una vez más al niño recién nacido. Su cuerpecito representa el germen del que se desarrollará el ser humano. Si seguimos este temprano y suave desenvolvimiento hasta más o menos la época en que se produce un importante cambio en la vida del niño, la segunda dentición, tendremos una idea de lo que late en el niño, no solo corporal sino anímica y espiritualmente. Seguimos las argentíferas huellas que conducen a la existencia prenatal y a los designios eternos del individuo; vislumbramos el porvenir donde las resoluciones adoptadas en una vida espiritual prenatal se materializarán en un destino y un trabajo terrenales.

La cabeza del recién nacido es extremadamente grande. En forma gradual, en el curso del crecimiento, alcanza la proporción armoniosa que guarda la cabeza de un adulto con el resto del cuerpo. Pero este proceso se realiza en las formas más variadas y en cada niño es distinto. ¡Cada ser humano nace con una forma de cabeza que le es propia! Algunos niños tienen cabezas excesivamente grandes, sin que se trate de hidrocefalos (no nos interesan aquí los casos patológicos). Esos niños presentan una frente de arco abombado y, debajo de ella, una cara pequeña y flacucha. Y aunque con el tiempo se

produce cierto equilibrio, queda la impresión de un niño cabezón.

Ahora bien, ¿qué se quiere decir cuando se afirma que el crecimiento del niño parte de la cabeza?. Pues que las fuerzas de la cabeza se apoderan del metabolismo y trabajan plástica y constructivamente. Significa, además, que la cabeza (el sistema nervioso y sensorio) no ha llegado todavía a convertirse en instrumento de reflexión y pensamiento, como en los adultos, sino que es aún un órgano de metabolismo, saturado de cambios de sustancia, henchido de vida. Lentamente, las fuerzas metabólicas se retiran de la cabeza y se inician delicados procesos catabólicos (de muerte). Esto lo anuncia la aparición del primer diente. Cuando la vida se va retirando del cerebro, éste se convierte gradualmente en instrumento de la conciencia despierta, capaz de representaciones. Relativamente, la cabeza se hace más pequeña y alcanza lo que comúnmente se considera su tamaño normal.

Si, no obstante, las fuerzas del metabolismo permanecen vivas y activas en la cabeza más allá del momento apropiado, si continúan actuando de la misma forma que en un niño pequeño, entonces la cabeza seguirá desproporcionadamente grande; seguirá siendo, en exceso, un órgano vital, en lugar de un órgano de percepción. La apariencia de un niño así será la de una cabeza poderosa con una frente curvada sobre un cuerpo pequeño. Da la impresión que anda inseguro y sin sentido de equilibrio. A menudo se cae al correr o caminar, como si el peso de su cabeza lo atrajera hacia la tierra. Todo esto muestra

que su sistema nervioso está dominado por su sistema metabólico y que ambos no se coordinan de forma correcta.

¿Qué clase de alma morará en este cuerpo pequeño de cabeza tan grande? Un alma soñadora; en casos extremos, un alma con una conciencia algo nebulosa, un alma en la cual la percepción es fugaz, en que las imágenes sensorias se empañan y se confunden y los conceptos carecen de contornos nítidos. Con el tiempo se alcanzará un mejor equilibrio: no solamente el cráneo se empequeñecerá un poco (aunque a un niño de esta clase se le siga calificando de cabezón) sino que la vida mental se volverá más alerta, más despierta. Este despertar, no obstante, no se revelará en conceptos intelectuales, en secuencias lógicas de pensamiento, en capacidad para una definición y exacta percepción sensoria, sino más bien como una vida imaginativa, rica y llena de vigor. Es sorprendente el poder imaginativo que pueden alcanzar los niños de cabeza grande y cómo gozan en la actividad artística. Están llenos de inspiración y de fantasía creadora. Sus pinturas no se distinguen tanto por su forma como por el color. Sus dibujos pueden presentar un efecto caótico por el desorden de líneas y de formas, pero el mismo pequeño artista sentirá este caos como un universo rico y lleno de forma. Quizá él no halle palabras para expresar a un adulto la plenitud de su experiencia.

Estos niños jugarán maravillosamente dentro de una fantasía tan exuberante que puede llegar a sorprender a los adultos. Ningún objeto en la casa se halla a salvo del

poder de su fantasía y cualquier trapo viejo puede convertirse, sorprendentemente, en muñeca, en elefante, luego en velo de novia y así sucesivamente. Algunos padres, sobrecogidos y alarmados por el poder imaginativo de su hijo, llegan incluso a considerar eso como una anormalidad.

Ahora bien, no hemos de limitarnos al papel de espectadores pasivos en el desenvolvimiento de los niños de cabeza grande. Su educación nos plantea exigencias definidas.

En primer lugar, nunca debemos intentar desarraigar simplemente la fantasía del niño, insistiendo continuamente en las tonterías que se imagina. La educación es asunto de cultivo, nunca de destrucción. Será tanto mejor para la vida posterior si el niño puede retener la máxima fantasía creadora posible a través de su desarrollo, pues generalmente, en la escuela abundan las oportunidades para que cunda una árida intelectualidad y toda nuestra época moderna se presta a eso. Tanto más razón para que los educadores amemos y protejamos la vida que fluye, la savia viviente. Podemos impedirle exorbitancias o hipertrofias si, con gran delicadeza, tratamos siempre de introducir cierta conciencia en lo que el niño está haciendo. Por ejemplo, se le pueden dar pequeños ejercicios para despertar su conciencia cuando pinta o dibuja. Especialmente después de que se haya iniciado el cambio de dientes puede ser útil decirle: "Mira, ya has pintado todo esto rojo y alrededor has puesto verde y amarillo; ahora me gustaría muchísimo ver cómo quedaría si esta

vez empezaras con azul y luego vieras qué otros colores debes poner junto al azul". Entonces el niño está obligado a reflexionar; no puede seguir moviendo su pincel obedeciendo sólo a las fuerzas metabólicas que actúan en su mano; tiene que ejercitar un poco su sentido de observación. Naturalmente, en una cosa como ésta, hay que adentrarse en la naturaleza del niño, para que las tareas señaladas se acoplen a ella y no sean simples engendros de nuestro propio intelecto.

La escuela es generalmente una pesada carga para los niños de este tipo; se les exige de golpe que dominen su naturaleza soñadora y juguetona; se les enfrenta al aprendizaje de la lectura y de la escritura que, pese a los intentos de lo contrario, se suele realizar de forma más o menos abstracta y, sobre todo, demasiado rápida y vacía de verdadera actividad artística. Su desbordante fantasía será podada por todos lados. Y eso, a su vez, suele afectarle la salud. Los niños de cara redonda y rosada palidecen y pierden su frescura, cosa que se observa con frecuencia en el primer año escolar.

Para preservar la verdadera salud y el desarrollo del alma y del cuerpo, ese tipo de niños necesitan muy especialmente una forma artística de enseñanza, a la manera de la desarrollada por Rudolf Steiner en la escuela Waldorf; necesitan que se les presenten las letras como surgidas de figuras simples y artísticas y que se les haga practicar la escritura antes de aprender el arte más abstracto de la lectura. Además, deben entrar al reino de los números por el camino del ritmo, aprendiendo a

moverse, a saltar y a palmotear de manera acompasada. De esta manera se les despierta y se les da mayor conciencia, sin que ellos se den cuenta y sin dañarles. Estos niños constituyen un problema para el maestro: son distraídos y desatentos; no miran exactamente lo que se les muestra y son tan torpes en la descripción como en la observación. Pertenecen, por temperamento, al tipo de los niños sanguíneos o bien a los flemáticos.

Siguiendo un consejo de Rudolf Steiner, se puede ayudar a la interacción del sistema neuro-sensorio con el metabólico e impedir que el uno domine al otro, si se procura que estos niños de cabeza grande tengan bastante sal en la alimentación. La sal actúa despertando la conciencia. Un educador no debe dejarse llevar por la moda en materia dietética, tan frecuente hoy y además debe recordar que lo que es bueno para los adultos no lo es necesariamente para los niños. El alimento sin sal puede ser excelente y lo más indicado para adultos con tendencia a la esclerosis, como pueden serlo las frutas crudas y el vegetarianismo; pero para los niños macrocéfalos, el alimento sin sal es especialmente nocivo, pues favorece la tendencia a la pesadez de conciencia y a su falta de concentración. Debe observarse a los niños con cariñosa solicitud, para darse cuenta de cuál debe ser su alimentación. Entonces se llegará a dar a los niños macrocéfalos manjares condimentados con la sal suficiente.

Puede ocurrir que los niños sientan por sí mismos una gran inclinación hacia alimentos que promuevan el

entendimiento y la concentración. Entonces chuparán cosas saladas o agrias igual como otros devoran azúcar. En un caso así podemos salir al encuentro de estos deseos. Pero puede suceder también que rechacen justamente el alimento que más les convendría, a causa de algún instinto malsano y prefieran alimentos dulces o confituras, porque les ayuda a satisfacer su proclividad a la vaguedad y al ensueño. En un caso así, dependerá de la inventiva y del tacto del maestro el desviarlos poco a poco de lo dulce a lo salado. También existe la posibilidad de que el organismo sea incapaz de digerir la sal necesaria. En este caso se necesitará algún medicamento; pero con ello entramos en el dominio de la medicina, fuera del campo del presente estudio. Sólo nos queda mencionar que pueden dársele raíces que contengan sal, cocidas de forma sabrosa para que les guste. También es bueno que se les lave la cabeza con agua fría por la mañana. Este es otro de los consejos de Rudolf Steiner. El empeño fundamental ha de ser atraer hacia su lugar a las fuerzas que corresponden a la naturaleza de la cabeza, y mantener el metabolismo dentro de sus propios límites. La forma del cuerpo de un niño que se ha desarrollado de manera normal y saludable, además de ser un placer para los padres y educadores, es la guía más segura para conocer el estado de su alma. Y con este propósito, debe observársele constantemente y con celo.

De este modo puede lograrse que un niño al principio de cabeza grande, después de un tiempo comparativamente breve, pase a tenerla pequeña y delicada (existen,

desde luego, casos patológicos que no se tratan aquí).

Los niños con cabeza pequeña, delicadamente dispuesta sobre sus hombros, muestran una mentalidad completamente distinta respecto a los de cabeza grande de igual edad. Muy pronto manifiestan la facultad de la observación correcta y exacta, con imágenes sensoriales claras y conceptos precisos. Sus observaciones son inteligentes y acertadas. Su poder de reflexión se pone de manifiesto en sus juegos. Rara vez se contentarán con jugar con cosas muy primitivas, porque no tienen imaginación suficiente para ver en un simple trozo de madera, ya sea una muñeca, un tren, un león, un coche, etc. En cambio, prefieren jugar con trenes "de verdad", comprados en la tienda de juguetes. Esos niños, para detrimento de su saludable desarrollo, se entretienen horas y horas con estuches de "meccano", que permiten construir las cosas de manera sistemática y precisa siguiendo las instrucciones.

Para llegar a conocer las verdaderas características de un niño de cabeza pequeña y uno de cabeza grande, basta con llevarlos a pasear por el bosque. Muy pronto el último, olvidándose completamente de sí mismo, se encontrará haciendo una granja de musgo, cortezas, ramas de abeto y guijarros; la rodeará de cuadrados cubiertos de flores del bosque y praderas en las que pascen el ganado — bellotas y hayucos. El niño de cabeza pequeña será feliz colgando del brazo del adulto, haciéndole preguntas como ésta: ¿Quién hizo los árboles y cómo crecen? Muy fácilmente puede ponerse preguntón y sutil

insistiendo, por ejemplo, si se le ha explicado que Dios hizo el mundo: "Y a Dios, ¿quién lo hizo?". Descubrirá toda clase de inventos, pequeñas máquinas, que el mismo ha hecho. No obstante, quedará satisfecho cuando el adulto le dé sugerencias para un juego y juegue con él.

Al pintar o dibujar, el niño de cabeza pequeña tendrá una idea preconcebida de lo que desea hacer. Producirá formas claras para expresar sus ideas. Además, estará en condiciones de decir, simple y claramente, lo que él quiere representar. Pero sus "obras de arte" probablemente serán pobres; en primer lugar, porque no tiene riqueza de imaginación y luego, porque carece todavía de capacidad técnica para realizar sus ideas. El niño de cabeza grande tomará un trozo de barro y le dará la forma de algo que podrá parecer completamente informe; pero esta producción es viva en su propia fantasía y él la ve en una profusión de formas. El niño de cabeza pequeña, en el mismo caso, es muy probable que haga "salchichas" y las una para representar un animal; cuatro patas, un tronco, una cabeza. "Y nunca olvidará los dos ojos, pues él sabe que los tiene".

Porque el niño de cabeza pequeña "sabe" de qué están hechos un ser humano, un animal, una flor; diseña las cosas y luego las une de acuerdo con su conocimiento. De aquí resulta que lo que él construye con gran trabajo y minuciosidad, tiene un efecto poco artístico; mientras que el niño de cabeza grande, sin pensar mucho, debido a su sentido de totalidad, simplemente hace trabajar sus manos y da un toque artístico a sus más primitivas

producciones.

En los niños de cabeza pequeña, las fuerzas formativas vivientes se retiran pronto de la región neuro-sensorial, dejándola en libertad de convertirse en instrumento de la vida conceptual. Pero puede ocurrir que se retiren más de lo necesario y produzcan, de este modo, una preponderancia en el sistema neuro-sensorio de los procesos catabólicos que generan la conciencia, en detrimento de la armonía entre ese sistema y las fuerzas vivificadoras del sistema metabólico. Esto, como se dijo ya, no es necesariamente un cuadro patológico. Produce un determinado tipo de niño, que contrasta con el ya descrito. Naturalmente, en la vida las cosas no se presentan tan definidas como en una descripción en que lo que se busca es aclarar el tema. Pero las distinciones claras nos ayudan a observar a los niños desde ese punto de vista y a tratarlos en consecuencia.

Los niños en quienes el sistema neuro-sensorio predomine de esa forma, aparecerán mucho más despiertos, más conscientes, más hábiles que aquellos en quienes prepondere el sistema metabólico y serán más admirados y queridos por el común de las personas, a quienes no les interesa observar la extensión total que media entre el nacimiento y la muerte. Esto será particularmente cierto en la escuela, donde ellos aceptarán la instrucción intelectual y el método abstracto de aprender la lectura, la escritura y la aritmética. Su mente analítica está admirablemente adaptada a la tendencia reinante en las escuelas.

El verdadero elemento artístico sin toque intelectual recibe, desgraciadamente, poco reconocimiento en la escuela o en el hogar. En realidad, los padres se impacientan y preocupan cuando sus hijos producen “garabatos” y “mamarrachos” sin relación con la realidad y se ponen muy orgullosos cuando pueden reconocer lo que “representa” la obra de arte: una casa, un ser humano, un árbol, etc. De este modo, no se observa que los niños inteligentes de cabeza pequeña son a menudo pequeños sabidillos terriblemente sofisticados en su obra artística. Al sistema orgánico de su cabeza no le ha quedado bastante savia de vida creadora. Los procesos de muerte, base siempre de la conciencia activa, se inician prematuramente y trabajan como elemento solidificante en las actividades del niño.

De ahí que, para el educador comprensivo, cuando se encuentra frente a estos pequeños y hábiles “portentos”, producto corriente de las grandes ciudades, sea de importancia el restablecer el equilibrio. Precisamente estos niños deben pintar mucho con acuarela. Los lápices de grafito deben serles retirados sin que se den cuenta, aunque ellos con frecuencia los prefieran; y si han de usar lápices, que sean de colores. También debe atenderse a que cuando pinten o dibujen, no hagan los contornos con demasiado vigor, sino que pinten superficies y que al dibujar sombreen, en vez de delinear. Se podrá observar que esto les beneficia y que poco a poco sus pinturas se vuelven más artísticas. Huelga decir que no hay que obligarlos. Se trata de guiarlos, estimularlos, crear un

equilibrio; nunca doblegar, en sentido contrario, la naturaleza del niño.

Será para ellos de gran beneficio escuchar muchos cuentos pintorescos, de hadas, leyendas, para balancear su interés, generalmente muy intenso, por las invenciones mecánicas y técnicas. Este interés no debe suprimirse, pues tanto ese interés como la ocupación en cosas técnicas y mecánicas son característicos del espíritu de la época y se necesita tan sólo buscar su equilibrio con el despertar de otros intereses que puedan cultivar y conservar constantemente la potencia creadora de la vida de las representaciones.

Es fácil comprender que estos niños de cabeza pequeña y casi siempre también de mejillas pálidas, necesitan un especial estímulo y un fortalecimiento de los procesos metabólicos que les permita poner ardor y vida en su sistema neuro-sensorio. Siendo así, debe endulzarse mucho su alimento. Deben consumir fruta dulce y madura, azúcar de frutas y de caña, miel, etc. y limitar el uso del inevitable azúcar refinado para endulzar alimentos cocidos, pero no darlo en dulces que sólo estropean los dientes y la digestión. Si la incapacidad del niño para la actividad artística y para la fantasía henchida de vitalidad fuera excesivamente marcada, convendría ponerle una compresa caliente sobre el abdomen por la noche. De esta manera se puede desarrollar mayor calor y animación en su sistema neuro-sensorio. El niño, en quien la vida orgánica y la vida del alma se entrelazan, alcanzará por este medio ardor e imaginación en su vida

anímica. Nunca debe subestimarse la influencia de los procesos orgánicos sobre la vida del alma de los niños. Esto no es materialismo. Al contrario, nos ayuda a comprender que los procesos materiales están condicionados por los espirituales y, en consecuencia, reaccionan sobre la vida del espíritu. Estas consideraciones, naturalmente, no se aplican en el mismo grado a un adulto, ya que él puede liberar en gran parte su vida anímica de las condiciones corporales. Pero sólo se puede adelantar en la crianza y educación de los niños cuando se está capacitado para reconocer y observar, con reverencia, cómo la vida corporal nace del espíritu y, al mismo tiempo, cómo lleva en sí los gérmenes de la vida espiritual consciente.

LA NATURALEZA ANÍMICA DEL NIÑO

Los temperamentos y cómo tratarlos

Nadie puede ser educado y criado adecuadamente, es decir, ningún niño puede desarrollarse de acuerdo con sus tendencias innatas, si el educador no comprende su naturaleza y sus condiciones vitales. Se cometen muchos errores fundamentales en el tratamiento y la educación de los niños porque no se les conoce verdaderamente. Para educarlos de forma que les beneficie es necesario conocerlos a fondo. Las fuerzas formativas, cuya acción inmediata consiste en el modelado y creación de formas, son al mismo tiempo generadoras de vida y promotoras de crecimiento. La manera cómo trabajan en el niño es de infinita importancia. Por eso, los educadores sólo pueden trabajar fructíferamente si consiguen formarse un concepto vivo de estas fuerzas. Trataremos ahora de transmitir ese concepto describiendo a cuatro niños. Las fuerzas formativas actúan de forma distinta en cada uno de ellos y dan origen a una vida anímica diferenciada.

EL NIÑO SANGUÍNEO

Miguel, de cinco años, pelirrojo, tiene una frente redonda sobre la que cae el pelo rizado; sus ojos son muy azules y su nariz es pequeña y respingona. El labio superior avanza sobre el inferior. No es muy desarrollado para su edad, pero es esbelto y bien proporcionado. Su cabeza es bastante grande; sus miembros móviles. Le gusta corretear de puntillas, pero puede caminar con gran firmeza cuando quiere. Es muy ágil y puede saltar varios escalones de un brinco. No pasará mucho tiempo antes de que salte los diez escalones desde la terraza al jardín. Si cae, grita y vierte algunas lágrimas, pero pronto se consuela. Pertenece a la clase de niños que pueden reír con lágrimas en los ojos. Se enfrenta a su hermano, varios años mayor, con fuertes gritos guerreros. No es cobarde, sino temerario y sinvergüenza como un cachorro ladrador. Si lleva la peor parte, como sucede inevitablemente, se siente muy herido y se aísla de mal humor en un rincón, pero su ira se disipa rápidamente y, sin pensar en su humillación, invita a su hermano a jugar con él de nuevo. El hermano mayor será el caballo; él, el jinete. Pronto se cansa de este juego e inventa otro que, a su vez, cede lugar a alguna otra cosa. Lo mismo ocurre cuando juega solo: cambia constantemente e inventa muchas combinaciones dentro de los límites del juego. Lo que ve u oye lo distrae de lo que está haciendo, pero inmediatamente le vienen nuevas ideas. Su cabeza y ojos tienen un movi-

miento rápido, similar al de un pájaro. Cuando se le está hablando con seriedad, aunque ponga su buena voluntad para escuchar, no puede mantener fija su atención. Para que su alma inquieta vuele fuera de su alcance, basta con que le llegue el zumbido de una mosca desde la ventana. La madre lo llama "gorrión", la abuela dice que "parece una lagartija"; ambos nombres le caen bien. Tiene voz clara y aguda y buen sentido musical. Aprendió a tocar la flauta él solo. Vibrando de gozosa expectación desea ir a la escuela, porque ella promete una sucesión interminable de cosas nuevas. Los adultos le aplican varios epítetos represivos y algo faltos de comprensión: volátil, distraído, inestable, falta de concentración, olvidadizo o superficial, falta de seriedad, nervioso, etc.; sin embargo, todos le quieren, pues representa la niñez en sí misma, es puro niño y esto conquista los corazones, incluso los de aquellos que lo han llamado con tales nombres decorativos.

Y ahora, ¿qué salud tiene, qué clase de sueño, qué apetito?. En términos generales, es un niño sano, aparte de ligeras enfermedades infantiles y resfríos ocasionales de los que pronto se restablece. Come con alegría, pero no mucho de una vez y no le gusta nada pesado. En esto también es similar a un pájaro; "picotea" más que "engulle". Su apetito puede ser intenso por momentos, pero se satisface pronto cuando obtiene el alimento que desea. Nunca comería en exceso a iniciativa propia; sus indigestiones son culpa de los adultos poco inteligentes, que en las fiestas le urgen a comer más de lo que necesita. No le

gusta la carne, ni los huevos, ni las patatas; ni siquiera el chocolate. Le encanta la fruta y ya desde bebé su comida favorita era la manzana rallada. Tiene un gusto decidido por la sal y las cosas agrias; en su quinto aniversario pidió un pepino agrio. A menudo se apodera del salero y se divierte lamiendo los granitos de sal. Y traga con gran alegría cucharaditas enteras de jugo de limón, cuando se le da para el dolor de garganta. Se duerme rápidamente, pero despierta con facilidad. Habitualmente despierta temprano, pero como le está prohibido levantarse tan pronto, gorjea y canta para sí mismo, guardando rítmico compás con la cabeza, manos y pies. Es un pequeño ser armonioso y, por el momento, sólo su padre tiene aprensión sobre cómo se comportará ese “cabeza de chorlito” en la escuela.

La base corporal del temperamento sanguíneo

¿De qué manera actúan las fuerzas formativas en los niños sanguíneos? Intervienen en todo lo que funcione de manera rítmica dentro de la respiración y en la circulación de fluidos o sea, en el vaivén de la inhalación y exhalación y en los latidos del corazón. De ahí que haya una especie de alada ligereza en el niño sanguíneo. El aire, más que la tierra, parece ser su elemento. Planea, por decirlo así, sobre la tierra, sin someterse a su fuerza de atracción. Se deleita montándose en columpios y caballos de cartón, trepando por los árboles y balanceán-

dose en las ramas. Un niño sanguíneo danzando con el viento es una visión deliciosa. Un adulto se marearía girando y balanceándose como este niño para quien la mayor alegría es volar por el aire en un tiovivo. Su organismo aéreo y su naturaleza rítmica pueden adaptarse fácilmente a todos los giros que la naturaleza fija del adulto no podría soportar. Los niños pequeños raramente se marean.

De la misma manera que se alterna la inhalación con la exhalación, que el ritmo cambiante domina incluso la circulación de la sangre, el niño sanguíneo pide asimismo cambios rítmicos en su vida y su juego. No hay nada de mayor importancia para la educación que el ritmo pacífico de la vida diaria. Esto es esencial para la vida de los niños sanguíneos. (Los niños sanguíneos significa aquí, en términos generales, todos los niños, porque este temperamento es tan propio de la niñez como la dulzura lo es de la uva). El ritmo es la esencia misma del niño sanguíneo, lo exige su organismo. Pero ese ritmo es más rápido, así como su pulso es más rápido y su respiración más acelerada que la del adulto. Desde este punto de vista, es comprensible que también a niños de otros temperamentos les guste el cambio porque, siendo niños, siempre tienen algo de la naturaleza sanguínea. Pero este gusto por el cambio alcanza su máximo grado en los niños sanguíneos puros. Son incapaces de concentrarse largo tiempo en nada, pues la concentración equivale a una inhalación y requiere una rápida exhalación, es decir, un vuelco del yo hacia el mundo exterior. En ellos no es

defecto ser “volátiles”, porque es una característica de su temperamento y edad. Por esta razón, los educadores harán bien en tener mucha paciencia por los inconvenientes que ellos definen como volubilidad, falta de concentración, superficialidad, irresponsabilidad. Para el niño sanguíneo es normal ser irresponsable.

El niño extremadamente sanguíneo

Mientras que en el caso de Miguel, que con sus brincos, al fin y al cabo, lo que hace es seguir los latidos del corazón, lo acertado es tener paciencia y esperar con confianza a que se consolide con el tiempo, la vivacidad de su prima Susi, que es de la misma edad, puede causar preocupación. Ella muestra cómo la naturaleza sanguínea degenera cuando va más allá de sus límites.

Mientras que Miguel ríe alegremente dando vueltas sobre el suelo, a Susi le es absolutamente imposible dejar de reír. Ríe y se entrega sin restricción a ataques de risitas que no puede contener, para luego chillar con igual desenfreno. Saca un juguete del armario y lo tira a través de la habitación, pero no juega con él, sino que busca otro que, igualmente, sólo la distrae por un momento. Miguel arde de alegría cuando su padre le muestra figuras de animales en el antiguo libro de “Historia Natural”. Hace preguntas, vívidamente interesado, luego se precipita sobre la página siguiente, temblando de excitación, para saludar al nuevo animal que descubre,

con un grito de alegría. Susi apenas mira las figuras, sólo quiere la próxima, la próxima, la próxima; nada retiene su atención el tiempo suficiente para hacer preguntas. Si por azar formula alguna, no aguarda la respuesta. Miguel no es excesivamente afectuoso, pero quiere y respeta a sus padres y siente el vínculo que lo une a sus hermanos. Susi no tiene anclas: da vueltas de aquí para allá sobre la superficie de la vida y es demasiado débil para adherirse a la gente que le rodea y hasta podría temerse que se volviera débil mental algún día, pues no logra profundizar en nada y no es capaz de desarrollar una verdadera atención. ¿Cómo salvarla de esto? ¿Cómo ayudarla?

Tratamiento del temperamento extremadamente sanguíneo

Si Susi pudiera alguna vez llegar a querer realmente a alguien de los que la rodean, empezaría a introducir solidez en su vida. El que esto suceda o no, depende enormemente de la conducta de los adultos. Sabemos que nada es de tanta importancia en educación, como que el niño pueda estimar a su educador. Leal a su naturaleza sanguínea tendrá, naturalmente, primero un amigo y luego otro; se adherirá primero a un adulto y luego a otro. Pero debe sentir devoción real, por lo menos a uno de sus maestros o educadores y renunciar a su disposición sanguínea en este aspecto. Esto será un paso decisivo en su progreso educativo. No se debe luchar

contra el temperamento, ni en la auto-educación, ni en la educación del niño. No hemos de intentar arrancarlo de cuajo, pues está demasiado imbricado con él mismo. Representa, en verdad, el vínculo entre cuerpo y alma: está condicionado por el cuerpo, pero sus manifestaciones son psíquicas.

De ahí que uno no deba forzar al niño sanguíneo a que abandone esa vivaz veleidad inherente a su organismo. Repetimos: depende mucho del adulto el que se consiga que el hipersanguíneo se dedique todos los días, primero por períodos cortos, después cada vez más largos, a algún juego o libro de láminas o se dedique a cierta ocupación especial. Cuanto más estime el niño a su educador, tanto mayor será el éxito. Pero no hay que despojar al niño de su placer por la variedad y el cambio. Mucho de la vida del niño es compatible con una actitud sanguínea y no exige una persistencia rígida. El maestro ha de ofrecerle a menudo oportunidades de experimentar esas impresiones pasajeras y agotar en ellas el exceso de su naturaleza sanguínea. Será conveniente, cuando se le asigne una ocupación prolongada, procurar que haya en ella elementos que se alternen y asimismo, distracción, aunque sea sólo de carácter imaginativo. Cuanto más se estimule su fantasía mediante cambios de imágenes, tanto más le gustará permanecer en una ocupación, especialmente si, al hacerlo, satisface a un adulto a quien estima y reverencia.

EL NIÑO MELANCÓLICO

Es el octavo cumpleaños de Maribel y su madre ha invitado a sus compañeros. Pero no se encuentra a Maribel por ningún lado: se ha escondido bajo el largo mantel de la mesa de la sala y allí se queda. No quiere saber nada de sus compañeros. Cuando se la saca de su escondrijo, huye a un rincón, llora calladamente y contempla los juegos de los demás con cara alterada, pero con deseo en los ojos. Cuando al final se decide a reunirse con ellos, está feliz hasta el éxtasis; contempla, uno a uno, a todos los niños, con ojos brillantes que derraman simpatía y sufre un terrible disgusto cuando tienen que marcharse. Besa a una niñita con particular ternura, declarándola su "amiga" en su fuero íntimo; más tarde, cuando está sola, adorna a esta niñita en su imaginación con las cualidades más preciadas, especialmente con aquellas de las que ella carece.

A Maribel le gusta refugiarse en rincones oscuros y encerrados para entregarse a sus imaginaciones estériles; se la encuentra bajo el sofá, entre el armario y la puerta, incluso dentro del ropero. Le gusta subir al desván y ponerse en cuclillas en una de sus arrinconadas vigas. En el jardín se esconde en los matorrales o bajo las ramas oscuras de los pinos. También le gusta subir a los árboles y sentarse silenciosamente sobre una rama donde el

follaje es más denso y donde nadie pueda descubrirla. No es cobarde, aunque teme a la gente. Hay algo de aventurero en las ocurrencias que surgen de su imaginación prolífica, pero bastante singular. Piensa mucho y ella misma desempeña grandes papeles en sus pensamientos. A veces es una princesa, a veces una pobre huérfana abandonada, a veces una heroína, a veces una inocente perseguida. Relaciona consigo misma toda historia que se le cuenta y no puede escuchar el cuento de la Cenicienta sin identificarse con él o más bien, transportar la situación de la Cenicienta a sí misma, de tal forma que ella cree pasar por las mismas experiencias. Maribel es a menudo completamente incomprendible para los adultos, porque siempre desempeña papeles que ellos no sospecharían y porque nunca se toma a sí misma como la simple niña que en realidad es. Sus grandes ojos que fácilmente se humedecen o brillan, en un momento miran lúgubrementemente, en otro con alegría extática, sin causa aparente; sólo ella la conoce. El cabello delgado y lacio que sombrea su alta y pálida frente se transforma en su imaginación en una cascada de rizos dorados. En esa ocasión erguirá la cabeza, generalmente caída y enderezará orgullosamente su espalda, casi siempre un poco inclinada. Es lástima que eso no dure mucho.

Cuando no está desempeñando ningún papel es una niña más bien triste, malhumorada (los adultos la llaman veleidosa), como si no perteneciera a la realidad de este mundo. Es sensible y su amor propio es delicado y vulnerable. En presencia de otras personas se cree el

centro de atención; entonces pierde su naturalidad y, al mismo tiempo que discretamente adopta alguna pose, se avergüenza íntimamente de hacerlo. Para su edad es demasiado consciente y a menudo da la impresión de un pequeño adulto. Hace preguntas inquisitivas: ¿Por qué no podemos ver a Dios? ¿Qué ocurrirá cuando el mundo llegue a su fin? ¿Cuánto dura la eternidad? y así sucesivamente. No le perturba la muerte de un pariente y rehúsa comprender la pena de los adultos: “El está en el Cielo. Más bien habríamos de alegrarnos”. Aunque muy ansiosa por conseguir y conservar sin clamores ruidosos lo que le pertenece, es muy capaz de regalar a otros su manzana o sus dulces con una especie de ascetismo infantil, especialmente si está avergonzada o arrepentida de alguna travesura. En esas ocasiones, llega a dar incluso sus más queridos tesoros, aunque luego se lamenta de ello larga y amargamente.

Se preocupa mucho por sus “pecados” y por eso magnifica sus travesuras infantiles. Confiesa a una tía adorada que moriría alegremente “porque ahora soy todavía pequeña y no he incurrido en muchos pecados: todavía puedo subir al Cielo; pero más tarde, por haberlos cometido, ya no podré ir al Cielo”. Es excesivamente comunicativa cuando ama a alguien; de otro modo es “tan callada como una ostra”, como dice su madre, suspirando, porque no ha ganado la confianza de su hija y ningún poder de la tierra podría obligar a Maribel a desahogar en ella su corazón. Estas son las apariencias. Pero una vez, cuando era más pequeña, viendo a su

madre profundamente dormida, se imaginó instantáneamente que había muerto. Se asustó y nunca olvidó este horrible momento; esto le reveló su verdadera relación con su madre. Pero tampoco olvida que su madre una vez le pegó. Sintió profundamente la injusticia de este castigo, porque no había cometido lo que su madre creía. Pero lo que ella sintió todavía más profundamente fue el castigo corporal; sintió la herida de su honor como un español medieval. Pasaron años antes de que pudiera sobreponerse al sentimiento de vergüenza.

Nunca olvida los refunfuños familiares y su imaginación agranda y acentúa una reprimenda hasta que se vuelve insoportable y pesa sobre la niña como una carga mayor de lo aguantable. Sería capaz de hacer lo de aquel niño ruso que escribió una lista de todas las ofensas que le habían sido infringidas y la escondió por largo tiempo, para un buen día destruirla en un arranque de amor y de profundo arrepentimiento.

Un detalle que no armoniza con su naturaleza precoz y la convierte en blanco de constante burla y amonestación es que, con ocho años de edad, todavía se chupa de vez en cuando el pulgar, se muerde los mechones de cabello y las uñas, chupa las puntas del delantal y mordiaquea lápices y manguillos.

Se la suele descubrir hecha un ovillo debajo del sofá, el pulgar en la boca, como si quisiera aislarse del mundo que la rodea. Así es como terminan a menudo sus juegos. Prefiere jugar sola con gran concentración. Es una madre ejemplar para sus muñecas. Pero como si estuviera

abrumada y pronto exhausta por el volumen de su imaginación, en gran parte abstracta, intenta relajarse, como acostumbramos decir. Su mayor alegría es enco-gerse sobre la alfombra, si es posible oculta entre los pliegues de una cortina, chupando un dulce o haciendo tocar su cajita de música, mientras lee cuentos de hadas y fábulas con moraleja. Le gustan las historias largas y tristes y desprecia los cuentos alegres y las anécdotas. Esto, sin embargo, es sólo en la superficie, porque en realidad nadie se ríe con tantas ganas como ella y simpatiza con cualquiera cuyas bromas y chistes le hagan reír. La risa franca y sin trabas le es como una especie de liberación y se da cuenta de ello, debido a su poder de auto observación casi alarmante, pero rechaza brusca-mente cualquier cosa que se haga con obvia intención de alegrarla. Esto sólo se puede conseguir por sorpresa; cogiéndola desprevenida. Fundamentalmente, no le pesa estar triste.

Base corporal del temperamento melancólico

El apetito de Maribel no es mucho. Generalmente es remilgada. Le apetecen las golosinas y alimentos dulces que picotea a hurtadillas, aunque se avergüence de ello. Sus esfuerzos sinceros por abandonar este "pecado" han sido vanos hasta el presente. Siente profunda aversión por la carne que le recuerda la forma del animal: liebres, gallinas, pescado, etc. No se la puede convencer de que la

coma, pero cuando el origen de la carne es irreconocible, la come a menudo con gusto. (Sin querer ser sentimentales, creemos que no deberían servirse animales en su forma original a los niños. Es mejor darles la carne recortada. Incluso a los niños menos susceptibles, no les gusta ver a sus amigos, los animales, servidos en la mesa, porque los niños son amigos de los animales y los quieren). Maribel también estima a los animales apasionadamente y, refugiada en la jaula de los conejos, les confía todos los problemas de su corazón repleto y no comprendido por los adultos.

Maribel sufre de estreñimiento crónico. Afortunadamente le gusta la fruta, cuando está madura y dulce. A pesar de su delgadez y de su alargada y pálida cara angular, da la impresión de que su cuerpo es demasiado pesado y que constituye una carga para ella. Arrastra los pies, camina con los hombros inclinados hacia delante, cabizbaja y hay que decirle constantemente: "¿No puedes dejar de arrastrar los pies y erguirte?". Se cansa fácilmente y sufre de dolores de cabeza. Es cierto que su vívida imaginación, cuando se ejercita, a menudo le ayuda a sobreponerse a su debilidad corporal. Pero, por lo general, esa voluntad es débil; no tanto en imaginación como en ejecución. La gravedad de la tierra parece atraerla; sus ojos buscan la tierra hasta en los paseos; raramente levanta la mirada.

Cae dormida tardíamente, pues su inclinación a reflexionar y componer historias se acrecienta en la cama. Por la mañana se siente muy cansada y cuesta

levantarla y permanece irritable, de mal humor, durante largo tiempo. Teme el agua fría y le gusta el calor por encima de todo. Cuando se pone enferma (está predispuesta a la indigestión) sufre mucho mentalmente; pero, una vez convaleciente le encanta estar enferma y prolonga el estado tanto como le es posible. Se siente feliz de ser cuidada y mimada, explota al máximo la atención y bondad que los adultos prodigan a un niño enfermo.

Su vista no es muy intensa; tiene tendencia a la miopía y, dado que lee sin moderación, aún en la cama y a la luz crepuscular, pronto tendrá que llevar lentes. Su oído está bien desarrollado y tiene sentido claramente musical. Toca el piano y el violín y canta con placer, aunque sus anhelantes y sentimentales cadencias tienden a ser "aullidos", para usar las poco amables palabras de su hermano. Es una niña delicada, tanto de cuerpo como de alma y requiere mucha atención y cariño.

Tratamiento del niño melancólico

Los cuidados y la comprensión cariñosa son tan necesarios al niño melancólico como lo es el pan cotidiano. Pero no hay que dárselos de forma demasiado evidente: el niño melancólico es algo egoísta y le gusta sentirse el centro de atención. Sin embargo, siempre debe recibir un cariño cálido suficiente para que no se endurezca en rígidas inhibiciones. Necesita una persona a quien pueda abrir su alma y no es difícil de satisfacer en este punto.

Algunas palabras amables y comprensivas ganarán su corazón y confianza, especialmente si se le agrega con discreción alguna amistosa indirecta sobre sus peculiaridades y obstáculos, hasta hacerlo reír de sí mismo.

El niño melancólico necesita mucho alimento para su espíritu y para su alma. Está muy dispuesto a seguir a quien le cuente muchos cuentos de hadas, historias y biografías que lo estimulen a olvidar su propia depresión y a participar en los tristes destinos de otros seres humanos. Además, los adultos con los que vive no deben temer que participe en sus propias preocupaciones y sufrimientos, pasados y presentes, si bien en la medida de su comprensión infantil y sin sobrecargarlo demasiado. Contarle a un niño lo que uno mismo ha soportado y lo que otras personas conocidas tienen que soportar, tendrá un efecto curativo inmediato y disminuirá y equilibrará su melancolía. Esto tendrá un resultado mucho más benéfico que el pretender alegrarle y sacarlo a la fuerza de su depresión.

El niño melancólico desempeñará con gusto pequeños servicios, si siente que sirven para mitigar una pena. No será del todo malo como enfermero y debe estimulársele en tales tareas, siempre dentro de los límites de su capacidad infantil. Aunque en un principio lo haga torpe y perplejamente, debido a su inhibición y porque siempre se observa a sí mismo y se siente observado por otros, cuando se haya sobrepuesto a ello, cuidará de su madre o hermana enfermas con ternura e goce íntimo.

El niño melancólico debe ser siempre protegido del

frío (naturalmente no en grado exagerado) y nunca debe bañársele o darle una ducha con agua completamente fría. Se le debe acostar de noche con pensamientos y sentimientos amables y armoniosos y despertarle en la mañana con gran solicitud. Como a todo niño, se le deben evitar los alimentos pesados. Frutas dulces maduras al sol, ensaladas y verduras frescas y ligeras son buenas para él, pero tampoco le haría daño un poco de carne blanca y generalmente la aceptará. Necesita una dieta equilibrada, con alimentos estimulantes. Aunque es muy aficionado a las cosas dulces y necesita alimentos bien azucarados, también gustará del queso salado, pepinos en vinagre o ensaladas agrias.

Habrà que esforzarse discretamente y con tacto para favorecer su digestión y estimular aquellos saludables ejercicios corporales que se relacionen con el ritmo y la música, más que con el deporte. La euritmia, en la que el niño melancólico puede combinar los movimientos de sus miembros con su vida anímica, le producirá una maravillosa curación y alivio, una vez que el niño se sobreponga a la idea consciente de que esto significa revelar su naturaleza a otras personas.

EL NIÑO COLÉRICO

Marta está furiosa. Su pequeña figura de estatura mediana y robusta está temblando y con los puños crispados pega con rabia insensata a un muchacho de doce años, a pesar de que ella tiene solamente diez. Su pelo de alambre se le ha erizado como las plumas encrespadas de un ave de presa: las dos prominencias de su arqueado hueso frontal parecen estar transformándose en cuernos que embisten. El muchacho trata de defenderse de sus puños y dientes y finalmente retrocede sonrojado, porque sus compañeros, que lo están observando, se ríen de él por pelearse con una chica menor que él y llevar la peor parte. Marta levanta de la calle polvorienta a su lloroso hermanito, causa inocente de la pelea; lo toma de la mano y se lo lleva medio arrastrando. Ella no llora, sino que solloza con grandes boqueadas, que trata en vano de reprimir. Violentamente, se enjuga las lágrimas que brotan a su pesar y mientras camina, pisa el suelo más fuerte de lo usual, plantando sus talones con fiera energía, como si los quisiera introducir en la tierra y extraer fuerza de ella contra la maldad del mundo, de la cual su pequeño hermano acaba de ser víctima. Una de sus manos es todavía un puño cerrado; la otra asegura firmemente la muñeca a su hermanito. Ha dejado de llorar, pero sus ojos pequeños relampaguean bajo las

prominentes cejas y la cabeza está hundida entre los hombros, como si quisiera reconcentrar y fortificar interiormente todo su ser.

Sus hermanos hablan con temor de la terquedad de Marta. Son todos menores que ella. Al nacer el cuarto y menor, su madre murió. "Ahora somos cuatro niños, pero ya no hay madre": así informó a su maestra del trágico acontecimiento. Se sentó en su pupitre, ecuánime y escuchó sin lágrimas ni suspiros la historia con que la maestra trató de profundizar y transfigurar para los niños la experiencia de la muerte. Exteriormente, Marta no dio muestras de participar en ella, ni de experimentar pena. Pero en casa, en un momento de tranquilidad, volvió a contar toda la historia a su padre, palabra por palabra. En el sepelio, estuvo cerca de él con cara lúgubre y sin llorar; pero todos los días va fielmente al cementerio y cuida la sepultura de su madre. Ahora por ser la mayor, ha asumido el dominio sobre sus hermanos. Los defiende con encono y, sea como sea, también los tiraniza y les hace pasar malos ratos. Acuden a ella en el peligro, pero ¡cuánto extrañan a su madre para que los defienda, como antes lo hacía, contra su vehemencia!

Marta sabe lo que quiere y también cómo conseguirlo. Cuando fue a la escuela por vez primera, oyó la voz de una maestra que venía de una clase que no era la de ella y declaró: ¡Esa es *mi* maestra! Desde entonces se puso violentamente en contra de su propio grupo y de la escuela en general; en casa se enfureció, tuvo fiebre, enfermó y, finalmente, por consejo médico, se le asignó

al grupo de la persona a quien ella había reconocido, sólo por el sonido de su voz, el derecho de educarla. Desde entonces se mantuvo tranquila y obediente en la escuela y apasionadamente devota de su maestra.

No siempre está atenta escuchando las explicaciones. Con mentón saliente, fija soñadoramente su mirada frente a ella, está concentrada en sí misma y no tiene ganas de ocuparse de otra cosa que no despierte su propio entusiasmo. Le encantan los cuentos heroicos y las hazañas. Al volver a contarlos, los dramatiza espontáneamente: es una actriz con temperamento, siempre que el papel le caiga bien. Una vez rehusó firmemente hacer el papel de esclava en una pequeña obra histórica, a pesar de la importancia de ese papel, codiciado por muchos de sus compañeros de grupo. ¡Pero no! “Mejor muerta que esclava”. Prefirió no tomar parte.

Marta es madrugadora: despierta al amanecer y es activa. En verano, se viste silenciosamente y va a trabajar en su parterre o deambula con fuerte pisada meditando sus propios planes y propósitos. En invierno toma libros, papel de dibujo y lápices de colores y trabaja hasta que le esté permitido levantarse. Hace su trabajo con concentración y energía. El estudio no le es fácil y da pena observarla cuando aferra el manguillo entre sus dedos, apretando tanto su índice que la primera falange está casi en ángulo recto con la segunda y atraviesa el papel con líneas gruesas como fósforos. Pinta con profusión de energía, pero sin mucho sentido de forma: sus pinturas son expresión completa de su naturaleza dinámica. Su

color favorito es el rojo fogoso; pero también puede pintar con matices más delicados, si es para agradecer a quien ella estima.

Todo en ella está relacionado con la voluntad y, para su edad, puede dominarse mucho cuando está íntimamente convencida de que es necesario.

Las máximas morales con las que ella gobierna a sus hermanos son simples, si no toscas. En primer término, "lo malo" debe ser castigado sin misericordia y "lo bueno" recompensado con modesta alabanza. En cuanto a sí misma, llena de fuerza y poder de voluntad, se considera como algo que simplemente es; como entidad que está ahí. A su padre le es difícil sacarla de esa posición, cuando su mal comportamiento lo exige. Aun cuando comprende que ha obrado mal, no se entrega al remordimiento y la mortificación; es propio de su naturaleza ponerse a trabajar para subsanarlo, con dientes apretados y cara congestionada. Cuando por algún tiempo ha estado agradable y de buen humor, demasiado indulgente con sus hermanos y compañeros, ellos empiezan a temer, porque saben que un buen día, de pronto, explotará como un volcán, arrojando piedras y fuego a su alrededor. Es curioso que desde que escuchó una descripción del Vesubio, de un amigo que viajó por Italia, le gusta dibujar, más que nada, volcanes en erupción. Como no posee un particular talento, crea la extraña paradoja de una inocente panela, de donde brota un chorro bermellón y donde manchas azul-oscuro y pardo atraviesan, como guijarros, el brillante cielo azul. Es también

una expresión de su naturaleza colérica.

Necesita dormir poco y casi nunca manifiesta fatiga: también come poco, pero no es remilgada. Lo que más le gusta es la fruta arrancada del árbol por ella misma "con peligro de vida". Desprecia toda clase de purés y mastica con contento un duro pedazo de pan negro. Parte nueces con sus dientes, aunque le está prohibido. No rehúsa los dulces, pero tampoco los busca. Sus correrías por las huertas vecinas se deben, no tanto a un espíritu goloso, como a su temeridad y hambre natural, que satisface a su manera. Marta fácilmente se pone roja y está predispuesta a súbitos accesos de fiebre e inflamación, especialmente de la garganta. Tuvo muchas enfermedades infantiles, incluyendo escarlatina y difteria.

Las ventajas y peligros de su temperamento colérico son bastante claros. No es caña que se doble al soplo de cualquier viento; sus decisiones, generalmente carentes de reflexión, surgen de la profundidad de su naturaleza volitiva y son enteramente propias. Sus padres se horrorizaban ante los ataques de rabia ciega que sufría de pequeña, cuando rugía con la cara azul-bermeja y pegaba a todo lo que la rodeaba, con brazos y piernas tiesos. Esto ha mejorado a medida que despertaron sus poderes intelectuales, pero ocasionalmente puede todavía incurrir en un acceso de furor y perder por entero la compostura. El día siguiente a la explosión está tranquila y dócil y es receptiva a toda palabra seria de su padre. Cumple con gran tenacidad con las resoluciones adoptadas en ese estado de ánimo, hasta que su temperamento vuelva otra

vez a gobernar. Y con una voluntad poderosa como la suya, esta vez puede durar bastante tiempo.

Tratamiento del temperamento colérico

El temperamento colérico exige mucha, mucha paciencia y una comprensión profunda y práctica del alma infantil. Además solicita el mayor autocontrol por parte del educador, demasiado propenso a perder la compostura y a reaccionar violentamente frente a las manifestaciones de un niño furioso. Y, sin embargo, es de la mayor importancia conservar la ecuanimidad y la calma de espectador, aun ante los peores desahogos y nunca excitarse o dejarse llevar por la pasión. Esto es extremadamente difícil y muchos maestros fracasan ante este temperamento; un temperamento que (¿diremos afortunada o desafortunadamente?) no es corriente en nuestros tiempos. No debe creerse que la falta nerviosa de control corresponde a un temperamento colérico. El nerviosismo en los niños es debilidad, mientras que en el temperamento colérico es manifestación de potencia, aunque, en un principio, indisciplinada.

Al niño colérico hay que darle siempre la oportunidad de desplegar sus energías de forma que no cause daño. Cortar leña, clavar clavos, serrar, cargar piedras son ocupaciones adecuadas. No se debe temer demasiado que los niños se hagan daño. Huelga decir que las aptitudes

del niño no deben explotarse comercialmente: en la niñez, los trabajos que ponen en actividad las extremidades, deben hacerse por gusto, sin coacción y por el placer que producen. El niño colérico necesita un lugar donde pueda moverse libremente, rodar sobre el suelo y patear sin obstáculos; en pequeñas habitaciones es insopor- table. Es bueno darle tareas que estén un poco por encima de sus capacidades, de modo que necesite esforzarse y se dé cuenta, un tanto humillado, de que no es el héroe poderoso y universal que tanto le gusta suponerse. Un efecto armonizador similar puede también producirse con historias de hechos heroicos donde el niño sienta: "Yo no me hubiera atrevido a hacer eso" o "*yo seguramente no hubiera tenido buen éxito en aquello*". No hace falta decir que, para que esas conclusiones sean efectivas, debe dejarse que el niño las saque por sí mismo. Porque un niño colérico quiere llegar por sí mismo a sus juicios, sacándolos de su propio interior. Desde muy pequeño exclamará: "yo solito", cuando la nana le ofrece ayuda para vestirse o comer. Y retendrá siempre esta caracterís- tica de no querer ayuda alguna, buscando actuar en autonomía moral.

Si el educador logra mantenerse sereno durante las explosiones de ira del niño colérico, obtendrá un segundo éxito cuando consiga referirse al incidente sólo después de un intervalo de unas 24 horas, es decir, cuando el niño ya haya dormido una noche, esté del todo tranquilo y secretamente avergonzado. Entonces el educador podrá tratar del hecho con toda tranquilidad, pero a la vez con

toda seriedad. En medio de su ira, el niño no puede captar ningún argumento o razonamiento. Pero una vez calmado y dejado solo por un tiempo, agradecerá toda ayuda moral comprensiva, si ésta se le brinda sin rastro de ironía ni humillación, aunque sin menguar importancia a su acceso de ira. Porque en realidad, ese pequeño "ser de voluntad" sostiene una dualidad consigo mismo: su lucha con los fieros corceles de su alma, que constantemente se desbocan y le arrastran, superan las posibilidades de su edad. ¡Con qué satisfacción retendría las riendas en sus propias manos! Pero como a su edad no tiene el poder de dominar y tener las riendas de los caballos salvajes de la voluntad, busca justamente conseguir una dirección fuerte, pero comprensiva, de parte de los adultos.

También el niño colérico, al igual que el melancólico, crece mejor cuando puede reverenciar apasionadamente a un adulto. Dominará mejor sus pasiones cuando lo haga por amor a él. Sin embargo, su alma fervorosa le llevará a extremarse en esta veneración. El pudor natural a todo niño sano le llevará a dominarse, pero cuando falle, la expresión de su cálida admiración puede tomar las formas más peregrinas. Fue precisamente la intensidad de su amor, la que llevó a Marta a echar bolas de nieve en la espalda de su adorada maestra. ¿De qué otra manera podría haberle hecho saber que la reverenciaba? Hubiera rehusado llevarle flores, como cosa infantil y de mal gusto, es decir, no armónica con su naturaleza. Así como, de pequeña, mordió con fuerza a su madre, en la

superabundancia de su amor, así ahora, de colegiala, expresa su amistad por otros niños preferentemente a empujones y golpes.

El alma del niño nunca puede soportar la ironía: menos que nadie la soporta un niño colérico, a quien la burla hiere profundamente, empujándole a un estado de permanente oposición. En cambio, un suave humor indulgente le beneficia, porque acepta gustoso cualquier sugerencia amable que se le imponga. La transformará profundamente en autoconocimiento, hasta que se convierte en parte de su propio sentido moral, del que luego brotará su decidida acción ennoblecedora de sí mismo y en beneficio de los demás.

EL NIÑO FLEMÁTICO

Juanito está sentado en su pupitre, encorvado, contemplando vagamente la lejanía. Aunque no presta mucha atención a las explicaciones de la maestra sobre los misterios de la tabla de multiplicar, no está del todo distraído. En realidad, está soñando con la rebanada de pan que su madre untó profusamente con mantequilla y queso y con la gran manzana roja que puso en su mochila. Una mirada soñadora para la maestra que está escribiendo algo sobre la pizarra y sus dedos rechonchos tantean con cuidado el papel que envuelve la merienda. Roce de papeles: Juanito se detiene y mira por un momento la pizarra con aparente interés: la maestra se vuelve hacia la clase. Juanito se da cuenta, por instinto, que no será capaz de extraer el pan y comérselo sin molestias y prodiga su atención a la manzana. No está envuelta. La coge en un rincón de su mochila. Cascabelean los útiles dentro de la caja. El ruido recuerda a la maestra la presencia de Juanito en el aula que, por lo regular, a causa de su completa ausencia de espíritu, escapa a su atención. Le pregunta qué es para él lo más difícil de la tabla de multiplicar: "¿cuánto es 7×8 ?". Juanito se levanta con lentitud, apoyándose sobre el pupitre con sus gorditos brazos. Sobre los almohadones de sus mejillas redondas y coloradas, sus ojos húmedos miran a la maestra sin comprender. Juanito no es tonto, tiene buena memoria. Con el tiempo suficiente, puede

aprender toda la tabla de multiplicar. La sabe decir del derecho y del revés, pero lo que no puede es contestar preguntas que se le disparan abruptamente y que le llegan "fuera de orden". Además no puede transformar súbitamente sus sueños de manzana y pan en modos complicados de pensamiento: no contesta. Sin embargo, la maestra es paciente y le pide que diga la tabla del siete. Después de una pausa, comienza, primero recitando despacio, luego coge el ritmo, lo acelera y sobrepasa la respuesta requerida, 7×8 , puesto que le falta la presencia de ánimo para detenerse en el momento justo antes de acabar la tabla. Se calla sólo cuando alcanza 7×10 , en buen estilo. Mientras tanto, un niño sanguíneo ha gritado la respuesta correcta en clase. La maestra se vuelve para increpar a este intruso. Juanito se hunde, sin habla, sobre sus cojines naturales y, por un tiempo, se queda sentado en silencio.

De pronto, sus manos van, como por propio acuerdo, hacia la manzana, sin ninguna reflexión por su parte. Baja la cabeza grande y redonda hasta que casi descansa sobre el pupitre y en esta postura devora silenciosamente la fruta codiciada. ¡Juan! exclama la maestra. Juanito levanta su cabeza sin gran apuro. Sus rechonchas mejillas están más rojas que lo usual. ¡No te duermas! refunfuña la maestra. Atento por un momento, Juanito vuelve pronto a su manzana y pan. Antes de que la campana toque la hora de recreo, ha logrado, sin gran esfuerzo, consumir ambos hasta el último bocado. Con tranquilidad se limpia las manos grasosas y húmedas en

los pantalones y busca una moneda en el bolsillo. Con ésta, compra un pan dulce y un caramelo al muchacho que pregona panecillos en el patio. Come de pie en un rincón, observando plácidamente la furiosa baraúnda del recreo. Lo tumban una vez; se levanta sin parecer sorprendido ni ofendido. Chupando el caramelo se hará más dulce la vida durante la próxima clase.

En casa, Juanito lleva una vida apacible, mimado por su madre gordinflona y plácida, a quien la naturaleza flemática de su hijo no la perturba lo más mínimo. Su educación nunca presentó ninguna dificultad para ella. De pequeño, el niño solía yacer horas y horas en la cuna, con el indispensable chupete, amodorrándose o siguiendo con sus ojos los lentos movimientos de sus pequeñas manos gelatinosas, único juguete durante largo tiempo. Las horas de las comidas le ponían siempre en actividad; su biberón suscitaba relumbrante satisfacción en su cara redonda y el tazón de papilla endulzada lo hacía agitarse de excitación y remar con las manos hacia el manjar codiciado. El bebé estaba dedicado con deleite y perseverancia a las dos actividades razonables: comer y digerir. Y el efecto sobre él era visible. La madre de Juanito albergaba la anticuada opinión de que estar gordo era sinónimo de buena salud y era fácil conseguir y mantener ese estado en su hijo. Raramente se enferma y fácilmente digiere y transforma en creciente grasa la plétora de alimentos que la cuidadosa madre prodiga a su hijo único. Para su propia alegría y la de su madre, puede digerir los panes de mantequilla y las sopas de pasta más

grasosas, los flanes más dulces, platos pesados de huevos y avena espesa. Pero tardó en empezar a caminar y cuando se lo pasó de la cuna al corralito, prefirió yacer plácidamente sobre la alfombra. Lenta y perezosamente aprendió a gatear, a erguirse y, a disgusto, a dar pasos, tambaleándose sobre los pilares informes que eran sus piernas. Sólo se le indujo a caminar poniéndole a distancia su comida favorita. Pero él no es exigente: casi cualquier alimento que se le dé es un "alimento favorito" y lo pide.

Cuando empezó a jugar, su fantasía era muy escasa. Le dieron un Arca de Noé cuando tenía dos años; y ahora, a los ocho, se le puede encontrar sentado en el suelo, sacando del arca los animales, uno por uno, poniéndolos cuidadosamente en filas por pares y luego volviéndolos a guardar de la misma manera sistemática. Su sentido del orden es muy pronunciado, casi puntilloso. Cada cosa ha de colocarse en el lugar que le pertenece y quedarse allí. Dobla la ropa con cuidado antes de acostarse y espera volver a encontrarla así la mañana siguiente. Siempre quiere usar su cucharita propia y beber de la copa de la que siempre ha bebido. (Sin embargo, hasta el tiempo en que fue a la escuela, acostado en el suelo, prefería su biberón). Una vez, de visita en casa de unos parientes donde iba a quedarse esa noche, ocurrió una catástrofe: quiso usar su "propio" recipiente nocturno y no uno "extraño", por más hermoso que fuera, aún cuando se le insistió de la manera más cordial. Con energía sorprendente, digna de mejor causa, se mantuvo firme y sólo

después de algunas horas, con un rugido desesperado, casi colérico, tuvo que ceder al llamamiento imperioso de la naturaleza. Juanito, típico representante del niño flemático, se encoleriza cuando no se respeta la tradición. El ritmo lo es todo para él. Sin necesidad del reloj, sabe cuándo ha de tomarse las numerosas comidas; y cuándo es la hora de dormir, tanto en la siesta como por la noche. No es de los niños que dan molestias al acostarlos; lo hace con gusto y duerme larga y profundamente.

Juanito aprendió a hablar tarde y por mucho tiempo se contentaba con el uso de los sonidos más simples para hacerse comprender. Habla lentamente, haciendo largas pausas entre las palabras. Es musical: durante sus monótonos juegos o cuando está sentado de piernas cruzadas sobre un almohadón al sol, como un gordo ídolo chino, gozando soñadoramente de su existencia, se le puede oír cantarse a sí mismo, rítmica y suavemente, de preferencia una sola canción: "Dónde están las llaves" o sólo las notas "la, la, la" o bien susurra como un abejorro zumbando perezosamente al sol. A Juanito le encanta el calor y también el calor anímico que le prodiga su cariñosa madre. Pero ese calor que se le brinda, no debe ser exigente. Juanito se acurruca en el regazo de su madre y permanece allí quieto durante largo tiempo. Sin embargo, nunca pondría sus brazos alrededor de su cuello por propia iniciativa y los besitos que le da son fríos y rutinarios, parte de la ceremonia de decir "buenos días" y "buenas noches".

Juanito ha sido siempre un niño de hábitos regulares

hasta en la digestión. Una vez que se le ha enseñado una cosa, la hace puntualmente y con precisión. Siempre alimenta a los pececillos de oro y riega las flores a la hora acostumbrada. Cuando sólo tenía cinco años, hacía los recados a satisfacción de su madre: traía correctamente lo pedido y era notable con el dinero. Cuando se le ha narrado un cuento las veces suficientes (él siempre quiere el mismo cuento una y otra vez), lo sabe de memoria y lo puede volver a contar sin confusión, con las mismas palabras, gestos e inflexión de voz, igual como el adulto. Sabe muchos poemas y canciones y nunca desafina. Le gusta sentarse al piano y tocar una nota después de la otra, tan despacio como habla. Si los adultos le oyeran pacientemente durante algún tiempo, concederían que la impresión musical no es desagradable. Por largo tiempo solía evitar cuidadosamente las teclas negras.

A Juanito le gusta estar solo y no tiene amigos. Es muy aburrido para los demás y ellos son demasiado inquietos para él. Sólo una niñita gorda, flemática como él, puede estar sentada a su lado durante horas. Su juego y conversación es como la conversación entre aquellos dos campesinos que una vez atravesaron juntos un bosque. Uno murmuró, después de haber caminado lado a lado durante una hora, "Hermoso tiempo tenemos hoy" y el otro, después de otra hora de marcha: "Y caluroso".

Los amables parientes y amigos se sorprendieron de que Juanito, al entrar en la escuela a los siete años, no resultara mal discípulo. La madre nunca se había preocu-

pado, pues nunca había dudado de sus capacidades. Sin resistencia, más bien con una especie de bienestar practicó sus palotes, letras y números una y otra vez. Si era posible, llenaba toda una pizarra. Tiene una escritura clara, bien formada, aunque muy infantil. Felizmente su maestra es sosegada y comprensiva, no lo acosa y pronto se dio cuenta de que Juanito puede conseguirlo todo si se le da tiempo. Su opinión es, además, que un maestro debe proceder lentamente en los primeros años escolares y dar a los niños muchas oportunidades para practicar. Y practicar es justamente lo que le gusta a Juan. Pinta con tranquilo entusiasmo colocando metódicamente una pincelada junto a la otra. Sus pinturas consisten en limpias superficies hermosamente coloreadas, desprovistas de todo contenido mental. Las produce con el elemento líquido de sus acuarelas, con exquisito sentido del color. Es lento para captar y aprender, pero retiene excelentemente bien lo comprendido, en especial si lo que tiene que aprender tiene una cualidad rítmica y puede ser tarareado o cantado. Es incapaz de reflexionar rápidamente o de contestar espontáneamente. De ahí el peligro de que su sendero en la enseñanza superior sea espinoso, puesto que allí importa el estar alerta y tener una capacidad intelectual lógica, en lugar de una memoria confiada y el aprendizaje por repetición. Y el peligro está en que cuando se dé cuenta de que no puede responder, venga el colapso de sí mismo y se entregue a los procesos orgánicos corporales. Entonces su vida espiritual ya no podrá penetrar y dominar lo suficiente estos

procesos. Esto, en caso extremo, podría llevarle a cierta forma de idiotez.

Los fundamentos del temperamento flemático

El niño sanguíneo es influido por el ritmo de su hálito, el melancólico es sobrecargado por la gravedad terrestre y el colérico acalorado y empujado por el fuego de su sangre. El pequeño flemático está como inundado por los jugos que nutren y mantienen su organismo. Se halla entregado por completo a ese elemento fluido. El proceso de digestión le produce una sensación de bienestar semiconsciente. Más que a otra cosa se parece a una vaca yaciendo en una pradera, rumiando pacíficamente la hierba y viviendo en los procesos de digestión y formación de leche. Poderosas y sublimes fuerzas moldean y estructuran al ser humano en el elemento acuoso. Si el pequeño flemático pudiera darse cuenta qué es lo que experimenta mientras, entregado al gozo del proceso, digiere de modo soñoliento su desayuno, se volvería consciente de grandiosos procesos cósmicos. Aunque de manera inconsciente, ningún ser humano está tan cerca de la naturaleza como el niño flemático que sueña. Y todo lo conectado con los procesos vegetativos de su vida corporal se desenvuelve saludablemente. De ahí su buena memoria, su facultad para todo lo que puede aprenderse mediante práctica fiel y repetida y su habilidad para la música y la pintura, que no surge de la voluntad consciente de su individualidad, sino que es la continuación externa de sus poderes creadores corporales.

Tratamiento del temperamento flemático

En general, la gente tiene prejuicios contra el temperamento flemático. Los padres incluso se ofenden si el médico o el maestro les dice que su hijo es flemático. Esto es mero prejuicio. En este caso, como en los de los otros temperamentos, sólo la exageración es peligrosa y necesita compensación. Al niño melancólico se le suele considerar y apreciar como un prodigio, pero su tendencia a la depresión, su egoísmo y su inhibición son tan censurables como la indiferencia, la somnolencia y la glotonería del niño flemático. Y, por otra parte, un temperamento flemático equilibrado puede constituir los cimientos de las más hermosas cualidades humanas. Las personas que se han sobrepuesto a la unilateralidad de su temperamento flemático o en quienes ha sido suavizada mediante una educación sensata, son fieles, dignas de confianza, perseverantes, veraces, ordenadas y escrupulosas en grado sumo, así como equipadas para sortear las tormentas de la vida con serena ecuanimidad.

Para los niños de este temperamento, lo más importante es una inteligente educación corporal que reduzca a sus justos límites el deleite por el bienestar físico. Por ejemplo, no es bueno que estos niños satisfagan inmoderadamente su proclividad a dormir y duerman demasiado. En ciertas circunstancias puede ser mejor no mandar al niño flemático muy temprano a la cama, dejarlo

dormir poco o nada después de la comida y despertarlo por la mañana, en lugar de esperar a que despierte solo. Después del despertar no se le debe dejar dormitando o medio dormido, ni revolcarse en el tibio lecho por pura delicia. Conviene no abrigarlo demasiado ni bañarlo con agua fría por la mañana, cosa a evitar en el niño melancólico. El niño flemático puede soportar bien pequeños choques que en ningún otro caso deben usarse como medida educativa: despertarlo por la mañana, lavarle la cabeza con agua fría, no dejar que en el desayuno, antes de ir a la escuela, se atiborre de chocolate, avena, pan con mantequilla y para el colmo, también de huevos, porque si se le permitiera eso, en vez de aprender, se dedicaría a digerir confortablemente, oponiéndose a cualquier perturbación de su placer por parte de una actividad mental.

Debe comer lo menos posible antes de ir a la escuela y sólo cosas livianas; no hay el más mínimo peligro de que se muera de hambre. Fruta, vegetales y ensalada constituyen su adecuada alimentación en lugar de alimentos farináceos y budines. Pan integral de centeno en lugar de pan blanco y bizcochos. Su comida debe tener bastante sal; no demasiadas cosas dulces y, sobre todo, ningún caramelo que pueda mantener durante horas en la boca para gozar de la vida, chupando. Hasta donde se pueda, se debe evitar, por medio de una dieta razonable, que el niño flemático engorde. Si puede conservársele moderadamente delgado, se habrá hecho mucho por el desarrollo de sus poderes anímicos y espirituales.

No es conveniente dejar a un pequeño flemático que juegue totalmente solo. De vez en cuando, se debe jugar con él, incitarlo, apresurar el "tempo" de sus juegos, despertar y estimular su alma con impresiones del mundo exterior. Si se le ve dormitando o amodorrándose, ya en el juego o en medio de sus tareas, no le hará daño llamarlo fuertemente o despertarlo mediante algún ruido súbito. Sorprendiéndolo de esta manera volverá en sí mismo. En estos momentos en que se le ha puesto alerta, el pequeño flemático es particularmente capaz de entender, de asimilar, de comprender conscientemente una cosa. Es una experiencia corriente que, a pesar de la más amable paciencia, una y otra vez y sin resultado, se explique algo a un niño somnoliento durante largo tiempo: nos mira sin ver, escucha sin oír, asiente afirmativamente con su cabeza sin comprender; le preguntamos y está completamente en blanco. Por último se pierde la paciencia, tan larga y concienzudamente mantenida, se grita al niño y se golpea la mesa con el puño. Entonces, de improviso sus ojos se iluminan y llega la respuesta correcta; el niño sabe la contestación precisa y ha comprendido excelentemente. Huelga decir que esto no es una recomendación para que el maestro pierda su control. Sólo hemos querido destacar que el niño flemático requiere que se le despierte de cuando en cuando. Y este proceso que puede seguirse intencionalmente, no le hará daño, mientras que lo mismo en un niño melancólico, sanguíneo o aún colérico, puede tener un efecto desastroso. Nunca es posible dar recetas universales en

la educación. Y puesto que los niños no se gobiernan a sí mismos con su propio yo, sino que siguen sus disposiciones innatas, sólo se puede tantear cada caso particular e individualizarlo de acuerdo con los temperamentos.

Al indolente flemático, el maestro nunca debe demostrarle su amor y simpatía de forma pronunciada, pues lo tomaría como algo corriente. Por otra parte, debe prodigársele la máxima simpatía interior, aunque con aparente indiferencia exterior. La aparente flema del adulto tendrá el efecto de estimular al niño a sobreponerse a su propia indolencia, particularmente cuando la persona adulta es realmente digna de afecto. Es de gran importancia que el niño aprenda a estimar. El amor es el medio más seguro de sacarlo de su organismo corporal y empujarlo hacia su vida anímica. Un fuerte afecto puede despertar el espíritu del niño de tal manera que llegue a penetrar las capas de grasa y dominar su vida mental gelatinosa, dándole forma y espina dorsal. El niño flemático que ha sido despertado hacia el calor anímico, amará de una manera hermosa; no a saltos como el sanguíneo, no mórbidamente reverencial como el melancólico, no violentamente agresivo como el colérico, sino con una fidelidad y adhesión constante y duradera. Entonces se abrirá a los intereses de la persona adulta, ¡y con qué frutos! No olvidemos que tiene que aprender a abrirse a las impresiones del mundo exterior y salir de sus propios procesos orgánicos para adaptarse al mundo. Esto ocurre de una manera adecuada a sus años infantiles, cuando existe el afecto hacia su educador. Gradual-

mente; la visión del niño se amplía, las facultades anímicas conscientes pueden manifestarse y comenzar a actuar y en lugar de necesidad e indiferencia, puede desarrollarse la fiel observación, así como la elaboración sosegada y detenida de aquellas impresiones. Muy hermoso puede ser el fruto de todo esto para más adelante.

Puede suceder fácilmente que niños flemáticos muestren capacidades artísticas en los años tempranos, sin corresponder a su propia conciencia, sino porque han sido generadas por su organismo. En este caso estas capacidades se pierden posteriormente, cuando despierta la conciencia y cuando las fuerzas orgánicas creadoras empiezan a retirarse. Para salvar este escollo hay que tratar de introducir un elemento consciente en lo que están creando en estado somnoliento. No hay que permitirles, por ejemplo, que se sumerjan soñadoramente en el pintarrajeo con colores o en la emisión de sonidos, conviene más bien darles pequeñas tareas para mantenerlos más alertas, de manera que estén obligados a reflexionar y crear de una forma más consciente. Si se puede impregnar gradualmente de conciencia sus facultades artísticas con creciente intensidad, se conseguirá conservarlas para el resto de su vida. Y entonces podrán seguir siendo fuente de interés para ellos. Hemos de tener en cuenta que, no sólo para los niños flemáticos, sino para los adultos flemáticos, el alfa y el omega de la educación y auto-educación es también despertar y estimular el interés, extendiéndolo sobre los más diversos dominios de la vida. Para agotar el exceso de flema se

le ofrecen numerosos problemas triviales en que la indiferencia flemática está en su lugar.

El maestro ha de conocer íntimamente los temperamentos

Es infinita la complejidad de la naturaleza humana. El pasado y el futuro se encuentran en la existencia presente. La corriente del pasado se hace visible en todo lo realizado y lo finito, en todo lo que tiene forma definida, lo que nos viene "dado". En cambio, la corriente del futuro actúa predominantemente en los procesos de crecimiento y de "devenir", en todo lo que cambia; son las semillas escondidas a la observación de nuestros semejantes y a menudo, ocultas a la misma observación del ser humano. El temperamento es primordialmente algo dado, es la forma que la vida del alma ha tomado como base para la vida corpórea. El organismo del flemático aparece redondeado y carente de forma definida, como suele serlo su vida anímica. La frente del colérico es ancha y recia y su voluntad definida y determinada. La alta y pálida frente del melancólico, su forma esbelta, a menudo cargada de hombros, sus pasos arrastrados, son signos externos del peso de su vida interior. Así como la forma ligera y bien hecha, el alado deambular del sanguíneo, corresponden a su alegre y volátil naturaleza. Si uno puede percibir el predominante definitivo de una tendencia anímica y ver cómo el ser humano ha recibido determinada herencia, determinada forma de vida para experimentarla desde un punto de vista particular, por causas que vienen de su pasado

prenatal, anterior a la concepción, entonces se podrá educar con comprensión. Y todo depende de que se la tenga. Pero la vida humana no es tan simple como para poderle asignar a cada niño uno de los cuatro temperamentos y encajonarlo en ese tipo particular. Tampoco persigue este objetivo el estudio de los temperamentos. Mas bien se pretende que sea un acicate para el educador y que una y otra vez renueve su preocupación por los niños que están a su cargo; sin dejar de investigar los poderes formativos que han modelado a este o aquel niño. Constantemente deberá observar al niño contemplándolo en todos sus aspectos, sin que jamás le fatigue el profundizar el conocimiento de las leyes particulares de su crecimiento. Uno quisiera aconsejar a todos sobre los que recae la nutrición y la educación de los escolares que, antes de dormirse, recordaran la imagen del ser confiado a su cuidado; que lo contemplaran en los más mínimos detalles: cómo camina, se mueve, levanta la mano, cómo ríe o llora, etc. Hay que sumergirse profundamente en dicha imagen; no desintegrarla, ni hostigarse uno mismo para lograrlo, sino aceptarla en simple contemplación, tal cual es y de ninguna manera como se querría que fuese. Entonces, a su debido tiempo, la imagen del niño susurrará al alma del educador lo que desea llegar a ser; lo que él es, hablará de su ser más elevado, suavemente al principio, con más claridad después y nos revelará cómo debiéramos cultivarlo y educarlo para que puedan germinar las semillas que en él dormitan; cómo lograr de él lo mejor; no según la idea

del maestro, sino según la realidad. Cuando llevamos a cabo fiel y repetidamente ese mirar interno, puede observarse un prodigioso efecto en el alumno. Incluso los niños más difíciles se transforman gracias a esta actividad anímica del maestro. La conciencia de que su verdadero ser reina en la mente de quien lo educa, tiene una influencia terapéutica en el niño.

También genera saludables efectos el que dos o tres personas preocupadas por uno o varios niños, de vez en cuando se consulten entre sí y lleguen a un acuerdo surgido de la hondura de ese conocimiento. Es posible que así, por vez primera, emerja una imagen completa del niño, ya que por su destino las relaciones entre él y sus padres y hacia sus maestros son de otra índole. Lo que se oculta para unos, se revela para otros. Cuanto más consciente y variada sea la imagen que se perfile y vaya tomando forma, tanto más poderosa será su acción sobre el educando. Repetidamente, la experiencia ha puesto de manifiesto este hecho inaudito: si alguna vez algún niño de una de las clases de la Escuela Waldorf llegaba a ser muy difícil, pareciendo rechazar toda influencia educativa, se llegaba en pocos días a una mejora si todos los maestros que con él se relacionaban, se consultaban mutuamente y si, además, los maestros que no le trataban directamente colaboraban en el esfuerzo de formar una auténtica imagen del niño, con toda simpatía, para que, de una penetrante y polifacética discusión, surgiera el verdadero ser del niño. El sólo hecho de ese cambio de impresiones produce sanos efectos. Si también se lleva-

ran a cabo las medidas educativas apropiadas para el caso particular, seguirían hermosos resultados. Por otra parte, cuando decae la preocupación y la simpatía interna por el niño en cuestión, se corre el peligro de perder todo lo que se ha ganado. Toda esta inquietud no debe ser de tipo intelectual y analítico, sino brotar de un estado de ánimo semejante al de la plegaria, como el que hace posible las obras de arte.

Además, es posible que con la profundización del conocimiento de la naturaleza infantil captemos el entretejido de la disposición temperamental, pues casi nunca es posible encontrar un temperamento tan puro como el de los cuatro que hemos descrito. En la mayoría de los casos nos encontramos con una mezcla de temperamentos, considerando, además, que el temperamento propio de la niñez es el sanguíneo. La naturaleza sanguínea, pues, brilla a través de los demás temperamentos y los matiza. Incluso el niño melancólico juega a veces con inocente felicidad como si fuese sanguíneo, aunque esto no sea a menudo. Muchos niños son sanguíneo-coléricos o sanguíneo-flemáticos, mezcla esta última bastante común. En tales casos el elemento sanguíneo puede predominar sobre lo flemático o a la inversa. El temperamento sanguíneo actúa, por decirlo así, de fermento sobre los otros temperamentos y así son más fáciles de manejar. En cambio si una disposición melancólica se halla combinada con otra colérica o flemática, habrá características sumamente difíciles que constituirán una pesada carga, tanto para el niño, como para el educador.

Rashid, un pequeño oriental de uno de los grupos de la Escuela Waldorf, parecía ser durante su instrucción, un melancólico-colérico. Amargado y apartado, cavilaba en su asiento sin que interés o participación alguna pudiesen sacarle de su actitud. Su maestra estaba casi desesperada. Un buen día fue con el grupo a pasear por el bosque y, sorpresa: Rashid era un ser totalmente distinto. Parecía que le había brotado una oscura cólera: brincaba sobre sus compañeros con furia, trepaba por las altas coníferas con facilidad, se columpiaba en las ramas más altas dando voces y desplegó, no ya un observador interés hacia el fenómeno de la naturaleza, sino la profunda afinidad de alguien que habitara en ella. De todos modos, fue un consuelo descubrir en el pequeño, tan dado a cavilar silenciosamente, una vivacidad que iba a permitir sacar ventaja del episodio para educarle.

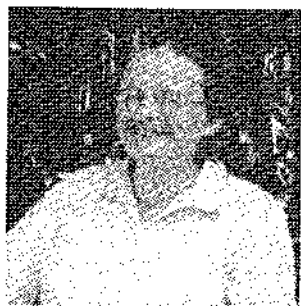
Los niños flemáticos, en particular, pueden ser muy engañosos; simplemente aparentan ser flemáticos porque la lección o la instrucción no les suscita nada interiormente. De ahí que, durante mucho tiempo, parecerá que nada les afecte. Pero si algo interviene hacia lo que ellos puedan responder con toda su alma, como un juego o una representación de su grupo en donde les corresponda un papel que les agrade, se convertirán en criaturas vivaces y alegres que saben exactamente lo que quieren y cómo lograrlo. Rudolf Steiner llamaba a estos increíbles flemáticos "coléricos adormecidos". En ellos, la voluntad que no participa cavila sordamente mientras no puedan fijar sus propias miras; es por eso que parecen

estar completamente ausentes. Mas si, por propio impulso, el niño encuentra motivos dignos de luchar por ellos, repentinamente será todo actividad, como un volcán dormido que súbitamente entra en erupción. Lo mismo puede ocurrir con niños melancólicos: durante largo tiempo, silenciosamente, aguantan las bromas y tormentos de sus camaradas, cada vez parecen más callados y deprimidos, hasta que un buen día estallan violentamente y se manifiestan con su cólera imprevista.

Por otra parte, un alegre y volátil sanguíneo puede, de repente, tornarse indiferente y carente de esplendor, casi triste. A menudo, esto no lo causa su disposición o su temperamento, sino más probablemente dificultades externas como, por ejemplo, la falta de armonía o desavenencias entre sus padres; lo que de antemano puede permitir augurar que convertirá la festiva alegría de la niñez en amargura y tristeza o causará la enfermedad a que el niño se halla predispuesto. Si uno separa a este aparente melancólico del ambiente hogareño afectado por pleitos y la infelicidad de los padres, en breve tiempo se transformará en el más animado sanguíneo. Esto puede ocurrir asimismo si se logra que el niño aparentemente melancólico, pero físicamente sano, se traslade por una temporada al campo.

Por eso, no es posible contentarse con una primera impresión del niño: hay que penetrar profundamente en él para percibir su verdadero ser; profundizar su oculta vida anímica y la de su cuerpo y ahondar también en las condiciones ambientales en las que se ve obligado a vivir.

Pero esto tampoco ha de llevarse a cabo con el mero análisis, sino en la forma descrita de re-crear la naturaleza infantil en nuestra propia alma. El maestro deberá conseguir que la imagen de su educando habite en aquellas profundidades del alma donde los seres humanos encuentran su unión con los divinos poderes creativos.



Caroline von Heydebrand
(1886-1938)

Nace el 22 de diciembre de 1886 en Breslau, como segunda de siete hermanos. Vive rodeada de naturaleza que recorre y disfruta durante toda su infancia. Estudia filología germánica, historia, filosofía y geografía en Munich, haciendo algunos semestres en Basilea, Berlín y Greifswald, donde su disertación sobre "Los discípulos de Sais" de Novalis recibe la nota más alta. En su estancia en Munich Conoce a Rudolf Steiner y empieza a profundizar en la Antroposofía.

Entusiasmada por la pedagogía, ofrece su colaboración en la fundación de la primera escuela Waldorf impulsada por Emil Molt y Rudolf Steiner en 1919. Aunque posee poca práctica docente, recibe el encargo de asumir el quinto curso de Primaria, con 47 alumnos, la clase más numerosa en ese momento. También asume clase de lengua extranjera.

Su extremadamente delicada constitución y su voz atiplada no le ponen fácil las cosas al principio. Pero a los seis meses ha logrado hacer suyo al grupo de revoltosos niños. Caroline von Heydebrand tiene una manera especialmente viva de dar las clases, crea pequeñas piezas de teatro para los niños y les transmite una relación y un amor intensos a la naturaleza. Es capaz de

hacer que la antropología antroposófica se convierta en pedagogía y creación fructífera. De ello dan testimonio sus ensayos, por ejemplo los relativos a los cuatro temperamentos.

Pronuncia numerosas conferencias e imparte cursos y seminarios universitarios sobre pedagogía Waldorf. Steiner la aprecia mucho en este aspecto y señala que su manera de hablar demuestra su amor por los niños. Que cuando los adultos la oyen, suelen decir: "Esta es la maestra que me gustaría para mis hijos".

Como miembro del miembro director de la Escuela Waldorf de Stuttgart, se dedica a dar a conocer la pedagogía Waldorf en Holanda e Inglaterra.

De 1924 a 1934 asume la dirección de la revista "En torno a la pedagogía de Rudolf Steiner", que más tarde cambiará su nombre por el de "Erziehungskunst" (el arte de educar). De su iniciativa surge el primer libro de lecturas para los primeros cursos de Primaria: "La luz del Sol", que había compuesto junto con Rudolf Steiner. Lo mismo sucede con el libro de lecturas bíblicas "Y Dios dijo" que compone junto con Ernst Uehli. Pero no puede reunir en una amplia exposición los resultados de su labor pedagógica. Sólo una parte de ello pudo recopilarla a título póstumo, Maria Röschl al publicar su libro "El niño, estudio del alma en ciería".

En 1935, cuando las represiones del régimen nacionalsocialista y las disputas dentro de la Sociedad Antroposófica dificultan la labor de la escuela, Caroline intensifica su labor difusora de la pedagogía Waldorf en seminarios,

conferencias y cursos en Holanda e Inglaterra. Labor que había comenzado en los años 20.

En 1938, al regresar de la visita a un centro megalítico en Inglaterra, pierde el autobús y tiene que regresar a pie todo un largo recorrido. Eso afecta su salud y acaba viéndose afectada por una infección de tifus. Finalmente, fallece, tras un breve período de enfermedad, el 23 de agosto de 1938.

Entre sus obras podemos destacar:

- * *El niño cuando pinta*
- * *Rudolf Steiner en la Escuela Waldorf*
- * *El niño cuando juega*
- * *El plan de estudios de la Escuela Waldorf*
- * *Infancia y destino*
- * *El niño, estudio del alma en cierne*
- * *Los cuatro temperamentos*